

***Hay un lobo muerto
en mi orilla.***

**Raquel Zieleniec
2000**

*A Jaime
A Ethel
A Diego
... y por qué no? A Maite*

y a la memoria de los que ya no están

CAPÍTULO I . AQUEL DOMINGO

Hace muchos años, había una quinta ...

Lo supe ese mismo día. Y se cumplían dos largas horas ya, deslizándonos aún por la carretera, indagando su ubicación.

Íbamos faltos de datos: un apellido polaco que hacíamos resonar por aproximación, una quinta que podía ya no ser, un Stepan que tal vez estuviese muerto.

Dudábamos además, que la familia hubiese abandonado el lugar. O tal vez, la quimera fuera creer que aún permanecería allí.

La tarde se presentaba mágica. El otoño se derramaba sobre los campos arados, los frutales, la tierra fértil. Un guiño cálido desde lo alto seguía nuestras tribulaciones sin perder detalle.

Recorriendo Pajas Blancas yo me descubría turista en mi propia ciudad.

- Stepan compró esa quinta hace, ¡hace más de 50 años! La plantó toda toda con árboles frutales -había aseverado Don Jacobo esa misma mañana, regodeándose con orgullo ajeno- ¡Ooy, debe ser muuy rico!!

Stepan era uno de los cuatro compinches que partieron juntos desde Polonia y arribaron al puerto de Montevideo, allá por el 29. A partir de entonces, jugados ya sus exilios voluntarios, el único merecedor del recuerdo del viejo había sido Stepan.

Una vez tan sólo había visitado la quinta de su amigo.

Y sólo una vez, había llegado Stepan hasta el pueblo, el día que encontró a Don Jacobo vendiendo cotín en la tienda. Fue recibido con gozo y una invitación a pasar a las casa, a esperarlo allí, algunos minutos. Pero Stepan tuvo la deferencia de quedarse a medio camino, en el patio rodeado de magnolias. Había abierto sobre el brocal del pozo, el lechón que trajo consigo para el almuerzo. Él y su mujer daban cuenta de su manjar, de prisa. Sabían que en la casa de un judío el cerdo está prohibido.

Habían transcurrido treintaicinco años.

Y esta mañana, precisamente esta mañana, mi padre político despertó soltando con su vozarrón, el ansia imperiosa de volver a ver al amigo. El deseo se abría paso como un torrente retenido que desbordaba al fin, arrastrándonos en la correntada.

A medida que nos íbamos acercando, la impaciencia del viejo crecía. Creía ver la casa por doquier y en su precipitación, ésta lo sobresaltaba al aparecer y desvanecerse como una alucinación.

Encabezando aquella desusada excursión David y yo vacilábamos sin alternativa, entre instrucciones ambiguas y contradictorias con las que

sucesivos vecinos nos venían guiando.

Don Jacobo parlotaba sin respiro, entretejiendo, con lo poco que sabía, todo lo que deseaba encontrar. Stepan había levantado aquel imperio con sus propias manos. Había obtenido los mejores frutales de la zona. Iba a vendernos cantidades desmesuradas de frutas a muuy bajo precio -hacía los cálculos en voz alta- porque le tenía a él, su amigo, en la más alta estima

Sobre la llegada, esa ilusión se había ahogado en un mutismo impotente.

- ¡Esa es! ¡Es esa!! - dije de pronto sin creerlo yo misma.

David viró abruptamente el auto. Las acacias arañaron las ventanillas y una rampa de piedra nos interceptó el paso.

Delante de nosotros, enmarcada por un bosquecillo profundo y oscuro, una breve tarima de cemento evocaba un escenario vacío. Hacia el ángulo derecho, una vivienda pequeña y humilde dejaba al desnudo el revoque, tiempo ha saltado.

Un gato barcino desperezó su siesta, interrumpida por un mundo pequeño que pobló de gritos el lugar. De la casa, los matorrales y los arbustos brotaron niños, perros y aves que saltaron, ladraron y graznaron. La gritería recrudeció de golpe y volvió a apagarse. Luego hubo un instante de silencio.

Al volver la vista al frente, la escena ya había comenzado. Un hombre y una mujer se habían materializado en aquel coliseo natural. O tal vez fuera una enorme foto, fija y sin movimiento. Las dos cabezas casi juntas apenas avanzadas, miraban hacia adelante. Tan rubios como los niños que se escondían tras las faldas de su madre.

Serenos e impasibles hasta el desconcierto, nos miraban. Con la impudicia de quien deja ver su propia curiosidad. Así quietos, formaban parte del paisaje.

Una boina encasquetaba la cabeza masculina. Debajo de ella, los ojos eran dos rayas horizontales diseñadas para no pestañear. Su rostro cuadrado resultaba tan hermético como un bosquejo sin terminar.

Atrapados en aquel mimetismo que no discriminaba actores de espectadores, todos quedamos paralizados por igual.

Entonces el hombre de la boina ensayó un movimiento. Se cruzó de brazos y dejó bien en claro que se disponía a esperar.

El tiempo empezó a desdibujarse para mí. En aquel espacio cada gesto parecía tener vida propia, despegaba de sí mismo y quedaba suspendido en el espacio.

En cámara lenta vi descender a David del auto, cerrar la puerta con

fuerza, dar un paso adelante y detenerse. Despacio. Decidido a saborear el momento.

Devolvió aquella mirada con la misma parsimonia. Luego levantó la barbilla.

- ¡Yo soy Shefak! - le espetó al desconocido.

Miré entonces al hombre. Era su turno. Los ojos y la boca se apretaron aún más, reforzando la línea horizontal en su rostro. Sin apuro, cuando le pareció llegado su momento, sacudió la cabeza y respondió en el mismo tono:

- ¡No! ¡Usted es Scheftzak!! -pronunció en polaco original, devolviéndole al nombre la música perdida.

En el asiento trasero, Don Jacobo arremetía la puerta con el bastón para bajar más ligero y Doña Pía en su turbación se precipitaba tras él, por la misma puerta.

Tan definidos rasgos en aquella faz denunciarían para Don Jacobo al hijo de su amigo y me permitían a mi vez, imaginar las facciones de su padre, ya muerto como nos anunciara el último vecino.

No intenté moverme. Aquellos personajes parecían reclamar un espectador, alguien cuyo testimonio diera fe de su existencia. Recuerdo confusamente cómo aquel grupo vibró, cómo se sucedían los abrazos, las sonrisas, las palmadas, fundiéndose unos con otros una y otra vez, no sé por cuánto tiempo.

Sé que de pronto la tierra cesó de girar. Los gestos, los murmullos quedaron suspendidos. Todo se detuvo por un instante. En aquel decorado peculiar un rayo de sol iluminó la aparición de un nuevo personaje. Una esplendorosa anciana de abundantes y blanquísimos cabellos se acercaba con paso inseguro, aguzando la vista ante aquellas inesperadas visitas.

- ¡Oooy, Yacob!!- su suspiro se quebró en cascada.

Y el grupo volvió a enlazarse riendo, girando, danzando en la conmoción de aquel inesperado, único y último reencuentro.

Absorta como estaba, no me di cuenta que la mujer rubia de pie junto a la ventanilla del coche aún cerrada, me estaba sonriendo. Su presencia perturbaba el hechizo y me forzaba a interrumpirlo. Al advertirla, me vi -ella como yo- en el mismo lugar, al borde justo de la historia. Mirando.

- Stepan Krawtzciewicz!! -había dicho por enésima vez Don Jacobo-mientras yo repasaba la guía telefónica con desaliento, cambiando consonantes, reduciéndolas, imaginándolas. En casa la tarea se había vuelto misión y cada cual se embarcaba en ella como podía.

Los viejos habían accedido a abandonar por algunos días el pueblo, en busca de un diagnóstico más ajustado. Lo habíamos obtenido. Doña Pía se estaba muriendo. Esa circunstancia hacía precipitar una inagotable y pujante

fuente de recuerdos, que imposibilitados de aparecer todos a la vez, se agolpaban atropellándose unos en pos de otros, reeditándose ansiosos. Empeñados ellos en no perecer.

A horcajadas en palabras y gestos, desbocados en tonos y exclamaciones, ese cúmulo de recuerdos se materializaba sorpresivamente para mí en imágenes tan nítidas como desconocidas. Desfilaban con vida propia ante mis ojos, que -sin poder evitarlo- las capturaban ávidamente una por una, escena tras escena.

Y vi aquellos cuatro hombres -sin certificados legales- huir de Polonia, corriendo y escondiéndose, burlando la guardia y saltando fronteras. Los oí tropezar y maldecir, luego reír, los vi caer rendidos de fatiga, dormitar en cualquier lado y proseguir el viaje en busca de mejores designios.

Cuatro amigos hastiados de buscar un trabajo digno, postergando durante meses la decisión de su exilio hasta obtener el consentimiento familiar. Despedidas desgarradoras, alivianadas por la promesa de volver a reunirse bajo otro cielo, cuando la certeza iluminase su horizonte.

- Stepan Krazkievich!! -clamaba Don Jacobo y su tono imperativo velaba cualquier eco de nostalgia.

Aquel domingo en la quinta, las dos viejecitas octogenarias cuchicheaban sus secretillos de alcoba. De aquellos cuatro hombres lanzados juntos a su ventura, el que reeditaba sus desvelos era Czalpinsky, un granuja! Ese mujeriego que abandonó a su mujer y a sus hijos para no volver a reunirse con ellos, ése...

En complicidad nerviosa, las dos ancianas sofocan risitas y se vuelven adolescentes por un instante. Dignidad femenina que descansa en el orgullo por sus hombres, que las amaron lo suficiente para enviar por ellas y sus hijos -como si sólo fuesen hijos de ellas- uniendo la familia otra vez en estas tierras, otrora extrañas.

La seguridad de hoy remonta las incertidumbres de entonces, las ilusiones quebrantadas, los temores y los deseos. Pensamientos confesos o no, de legiones de hombres y mujeres, talados para siempre de sus raíces.

Solo una vez escuché a Doña Pía mencionar a su pequeña hija y recordar que aquella, su niña, murió de tristeza cuando su padre partió. En los dos años que intercambiaron misivas, ella no hizo mención del aciago acontecimiento. Él lo supo después. Fue cuando anunció que enviaría por fin los cinco pasajes que volverían a reunir la familia. Entonces su mujer mandó decir que con cuatro serían suficientes.

Abraham, Matías y Nahum llegaron con ella. Alejandro primero y David después, definirían con su nacimiento la confirmación del exilio.

La consigna de los cuatro hombres era iera América !

Sin embargo en secreto, Yacob albergaba la intención de quedarse ben Amberes, donde su hermano Salomón había iniciado el éxodo unos años antes. Pero sucedió que la víspera de la partida, todas sus pertenencias se habían esfumado. Ese incidente selló su destino y lo entregó en manos de sus compañeros.

¡Don Jacobo sonríe! Ellos mismos confiscaron su atado de ropa y su dinero para impedirle desertar de aquel grupo que partía a instancias suyas y bajo su liderazgo. Con un gracioso gesto de aquiescencia pretende convencerme de no haber tenido otra alternativa que continuar viaje a Sudamérica

Las imágenes que me acompañan mientras sigo con atención su relato, súbitamente se desvanecen. ¿Por qué instar a un grupo a partir ...y al mismo tiempo cavilar una traición! Las imágenes se han vuelto signos de interrogación y éstos, claves de sol. La línea monocorde del relato de Don Jacobo se transcribe en un pentagrama. Entre sus cuerdas paralelas escucho en lontananza un acorde forte, disonante. Parece una melodía de otros tiempos que gime secreta y celosamente camuflada en una clave diferente.

Y recuerdo entonces historias de desaparecidos.

En Amberes donde pretendió permanecer, los nazis aporrearon la puerta de Salomón, diez años más tarde. Su familia no volvió a saber de él.

Y como un rezo, reiterándose en una misma nota, canta en mi mente la frase que Jesús -luego de la traición de Judas- dirige a Dios:

- Por qué me has abandonado...

- Pajas Blancas -la información le parecía suficiente a Don Jacobo- vive en Pajas Blancas!

Mientras el viejo y yo nos sumergíamos entre fragmentos de nombres, historias y cálculos de los años transcurridos, David que parecía haberse hecho a un lado, sacudió la cabeza y tomó la decisión.

- ¡Vamos allá!

Todas las dudas y objeciones se atoraron, empalidecieron al sentirse desalojadas y terminaron empequeñecidas, arrumbadas en el rincón.

La primera pista la ofreció un añoso vecino. Si, vivía una familia polaca única en la zona ... quinteros claro, pero mucho más adelante! No, no sabía su nombre.

Fue durante aquella travesía por Pajas Blancas que se nos murió Stepan, sentenciado por su último vecino lindero, justo un kilómetro antes de llegar. Ante el brusco vuelco que lo insertaba en un presente tan impensado por él, Don Jacobo se revolvió airado en el asiento y ordenó casi a voz en cuello :

- ¡A ella no la quiero ver, no me importa! ¡No vamos a ningún lado, volvemos!!

El resto del camino su empecinamiento se hizo duelo. En silencio.

A los 49 años Matías falleció a causa de un repentino tumor cerebral, que se había puesto de manifiesto apenas un mes antes. Aquel día Alejandro, David y yo nos deslizamos juntos para anunciarle a los viejos lo que nadie quería saber. Un latigazo cortó el aire cuando entramos en aquella habitación. No fue necesario decir nada.

- ¡Oooy, Oooy! -Doña Pía cerró los ojos y el clamor brotó de sus entrañas. Se hamacaba hacia adelante en un movimiento de éxtasis. Sostenía en sus labios una extraña melodía que plañía larga y temblorosa. Un gemido sin lágrimas atravesó la sala. Ella no estaba allí. Tan sólo el dolor, convertido en plegaria.

El viejo por su parte enrojeció abruptamente. Descargó con furia un puñetazo sobre la pesada mesa de roble y se mordió los dientes.

La mujer rubia de rasgos nórdicos seguía a mi lado. Era de rigor devolverle la sonrisa, pero no hice preámbulos. Puse en palabras la congoja del viejo y quise saber cuánto hacía que Stepan

- Seis años. Se mató- me interrumpió sin ambages, soltando el secreto familiar que parecía quemarle. Y en su lenguaje crudo y escueto habló de miedos indecibles y rifles cargados. Un gallinero cómplice del pertinaz destino senil. Cuchillos ocultos, niños azorados...

Esa irresistible atracción que ejercía sobre mí un pasado que ... no me pertenecía? No, no me pertenecía. Eran fuerzas cósmicas las que me transferían a otro espacio donde flotaba como un puro espíritu, en otra dimensión del tiempo. Ya no me sorprendía, entonces, que la mujer rubia estuviese esperando por mí durante esos seis años. Ella me entregaría el secreto y yo tomaría el relevo.

Tal vez por temor a mi definitivo desvanecimiento, algún resto mío intentaba el rescate y manteniendo con esfuerzo el estado de vigilia, no cesaba de interrogarme. ¿Qué hacía yo en aquella casa de Polonia en un tiempo en que aún no había nacido, sentada en un banco largo entre rudos campesinos, tomando vino ante una gran mesa forrada de hule, sin saber bien qué reminiscencias infantiles ...

Aquella viejecita chupaba lengua y labios sin cesar, con gesto obscuro. Creí verla sonreír. Tal vez volvía a paladear aquel grueso pan de centeno que solía hornearse en la desaparecida Gobernatura de Kraznoshiltz.

La fuerza que emanaba de ese apretado grupo me hacía ver una calle ancha, bordeada de humildes casitas de madera. Un camino de tierra hilvanaba las casas y unía aquellas familias. A través de las ventanas yo atisbaba su trajinar cotidiano. El camino se perdía en el atardecer y desde el río veía regresar al pequeño Abraham correteando junto al niño rubio de boina y ojos como rayas. Las mujeres secaban las manos en delantales enharinados, mientras los hombres, con lentitud, subían la cuesta al ritmo de sus pesadas botas y el crepúsculo marcaba el final de otra jornada.

Nadie volvió a mencionar aquel domingo. Parece no haber existido nunca. Las imágenes se fueron replegando conmigo y hoy las atesoro sin saber qué hacer con ellas.

Yo que nunca recuerdo mis sueños, me he preguntado muchas veces si ése pudo haber sido uno de ellos.

Si no fuera así, si aquella granja realmente existió, ella habita en mis pensamientos de todos modos, como un mero sueño.

CAPÍTULO II . EL HOMBRE QUE PERDIÓ EL JUICIO

- ¿Feigl? ... Feigl, Doña Pía!

El bramido de macho nos alcanza -a Doña Pía y a mí- ya instaladas en el auto. Lo vemos bajar pesadamente los irregulares escalones de piedra que acompañan el declive del jardín. En su flanco izquierdo, un David atento. En su mano derecha sostiene un bastón de caña con el que tantea inseguro, el camino anguloso

- ¡Feigl!

Ella no responde. Hace ya tiempo que no hace eco de las urgencias de Don Jacobo. Pero aún sabiéndolo me gusta convocar el tono gruñón de sus comentarios.

- Yo oigo, yo lo oigo. ¡El sordo es él! No voy a contestarle. No tengo fuerzas para gritar.

Nuestras miradas siguen en silencio sus pasos torpes, sus zapatos ensanchados y sus pantalones manchados, demasiado grandes, tiesos ya con el correr de los años. Ella no parece percibir nada de eso. Ni siquiera sonrío al ver aquellos enormes pantalones, colgar de raídos tiradores, apretados por demás con un cinturón, tan inútil como la idea de una tintorería.

¿Qué mira entonces, qué piensa doña Pía?

Como si hubiera escuchado mi pregunta, exhala un suspiro y la siento murmurar detrás de mí:

- Mm...mi héroe!

La exclamación ha huído de sus labios y ella misma se sobresalta.

El eco llega a mis oídos y algo empieza a sucederme. Un atropello de escenas comienza a desfilarse ante mis ojos, capturando mi mirada. Giran en un caleidoscopio y se enfrentan con palabras que él ha ido dejando caer a lo largo de los años. Expresiones que yo creí olvidadas en mí, sacuden su sueño y despiertan. Rasguñan con el pie y a ritmo vertiginoso galopan en busca de sus correspondientes imágenes. Todo se agolpa en mi cabeza y como puedo voy tratando de ordenar su salida.

Veo unas botas negras de porte elegante, altas y lustrosas que sobre diminutos esquíes se deslizan a toda velocidad sobre un río congelado. El robusto muchachote va sorteando con destreza las partes más delgadas del hielo y cruza la cuchilla hasta perderse en un horizonte de plata.

El shabat ha terminado. Yacob vigila ansioso la aparición de la primera estrella. Cuando la señal brilla, él suelta un resoplido de alivio. Ha obedecido los mandatos del padre, ha acatado la ley de Dios, *el séptimo día descansarás* concluye al fin y sin más dilación se apresura a mudar su atuendo festivo por ropas menos ceremoniosas. En pocos minutos cubrirá los cinco kilómetros que lo separan del pueblo.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

